Zeitschrift: Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: - (2012)
Heft: 20

Artikel: Humanismo y relatos de viaje
Autor: Pérez Priego, Miguel Ángel
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-1047273

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 13.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

Humanismo y relatos de viaje

Miguel Ángel Pérez Priego *UNED, Madrid*

Los viajes en la Edad Media los asociamos por lo general a actividades más o menos dinámicas que emprendía el hombre de la época. Por lo común, eran cosa de peregrinos, comerciantes, aventureros. Menos relacionados los solemos ver con la actividad, en principio, más sedentaria de los humanistas, concentrados en el estudio y la reflexión. Ciertamente ésta es una simplificación de las cosas, pues en realidad, en la Edad Media, casi todas las gentes viajaron y los humanistas, por su parte, desarrollaron gran diversidad de actividades. Pero como no suele ser frecuente que se contemple esta parte de su dedicación y de su obra, he creído que no sería improcedente revisar aquí la actividad viajera de algunos humanistas españoles del siglo XV y, en su caso, el testimonio escrito que pudieron dejar de aquellas experiencias[1].

Cuando en 1454 Pero Tafur dedica su libro *Andanças y viajes* al caballero Fernando de Guzmán, comendador de la orden de Calatrava, no duda en presentar el viaje por lejanas tierras como algo consustancial a la condición y a los ideales caballerescos:

> porque de tal visitación razonablemente se pueden conseguir provechos cercanos a lo que proeza requiere, así engrandeciendo los

© *Boletín Hispánico Helvético*, volumen 20 (otoño 2012): 115-134.

[1] Otros propósitos guían y otros autores interesan a Ángel Gómez Moreno en los dos últimos capítulos («Viajeros españoles e italianos» y «Nuevos y viejos libros de viajes») de su libro: *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos*. Madrid: Gredos, 1994.

> fijosdalgo sus corazones [...] cuando solamente por propias façañas puede ser de ellos conocedora la gente estrangera[2].

Unos años atrás, en mayo de 1434 (más o menos cuando Tafur iniciaba su viaje), un humanista como Alonso de Cartagena, en el discurso que pronuncia en Aviñón, camino del concilio de Basilea, reclama también para el hombre de estudio (y no sólo para los que se dedican a la milicia armada) el valor preeminente que se otorgaba al viaje caballeresco:

> Viene a mi mente, doctores egregios y demás varones eclesiásticos, que aquellos que se dedican a la milicia armada, a viajar por el extranjero y acercarse a las curias de príncipes extranjeros, dejan de lado trabajos y ocupaciones de años, tratan de demostrar la práctica de su ocupación, según su trabajo y aprender de aquellas nuevas personas a las que llegan a conocer tal vez una nueva doctrina de la milicia. Lo cual se ha averiguado que siguieron muchas veces también los hombres inexpertos en el arte militar. Pues, cuando viajan por el extranjero y conocen los profundos estudios de esas gentes extranjeras, suelen tratar frecuentemente con personas muy instruidas, de forma que, a quienes consideran los mejores, los respetan con reverencia y beben del agua pura de las buenas fuentes de la sabiduría de las buenas doctrinas[3].

Cartagena viene a comparar al letrado y al caballero ante el viaje y concluye que son comportamientos complementarios, que el visitar centros de estudio y universidades, donde aprender y homenajear a otras gentes instruidas, es para el hombre de letras lo mismo que para el caballero visitar cortes principescas, donde ejercitarse en las armas y aprender el arte de la milicia. El viaje caballeresco se convierte así en viaje intelectual y el viaje de estudio, diríamos, en aventura caballeresca. Para Cartagena, pues, caballería y letras vienen a complementarse. Caballeros y letrados vienen a situarse en un mismo plano, co-

---

[2] Tafur, Pero: *Andanças e viajes*, ed. de Miguel Ángel Pérez Priego. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2009, pp. 5-6.

[3] *In mente venit o doctores egregii ceterique scolastici viri solere eos qui armate milicie operam dant cum peregre profecti ad extraneorum principum curias declinant aliquos annorum labores experiri ut qualis professio sua sito peris exercicium demostret et novam forte artis militaris doctrinam ab ipsis novis quos vident hominibus discant quod et milicie inermis viros sequi sepe compertum est. Nam cum solemnia exterarum nacionum studia peragrant cum viris studiosis plerumque conffere solent ut quos excelentes reperint debita reverencia colant et purissimis sapience fontibus bonarum doctrinarum purissimam aquam bibant* (Sánchez Domingo, Rafael: *El derecho común en Castilla. Comentario a la 'Lex Gallus' de Alonso de Cartagena*. Burgos, 2002, pp. 284-285).

mo manifestaciones de la actividad humana, sin que la caballería ocupe ya el rango privilegiado.

Esta parece que va a ser la concepción que en la España del siglo XV domine la idea del viaje, cuando tanto caballeros como letrados frecuentan cortes, imperios o asambleas de estudio y de debate. Pero la idea del viaje no era entonces nueva a la mentalidad de los humanistas. Por el contrario, formaba parte de sus inquietudes y ansias de conocimiento del mundo, del pasado y del presente. Ciertamente casi todos los humanistas viajan y muchos incluso escriben su viaje, bien en forma de diarios, bien en forma de epístolas. Con frecuencia recorren Italia y Europa, se asoman a Asia o a África, y describen en sus cartas a los amigos, cuadros y experiencias inolvidables.

El primero de todos fue el propio Petrarca, infatigable viajero durante toda su vida. Aparte del imaginario *Itinerarium* a Jerusalén, que escribe para su amigo Giovanni Mandelli, que se dispone a partir a Tierra Santa, Petrarca relató sus experiencias viajeras en varias de sus epístolas *Familiares*. La más famosa es quizá la dirigida al cardenal Giovanni Colonna (I, 5) en agosto de 1333, en la que cuenta su viaje a Colonia, donde admira la belleza de la ciudad, la compostura de los hombres y la elegancia de las mujeres, y se entusiasma con el espectáculo de la muchedumbre de jóvenes que, coronadas de guirnaldas, se lavan en las aguas del río la víspera de San Juan. Al tiempo, evoca sucesos y personajes del pasado pagano y cristiano, visita el templo que custodia el sepulcro de los Reyes Magos, y reflexiona sobre las características del género epistolar (*Si iussisses loqui de altioribus, temptassem: nunc epystole officium reor, non ut scribentem nobilitet, sed ut certifiquet legentem*). Otra interesante epístola es la dirigida al agustino Dionigi da Borgo San Sepolcro (IV, 1), en la que cuenta su ascenso a Monte Ventoso, movido por el deseo de conocer mejor el secreto de la naturaleza y experimentar la rara sensación de la subida a la montaña, cuya dificultad enfáticamente encarece. Además de vivas descripciones paisajistas, la carta está llena de reflexiones sobre el viaje de la vida humana y meditaciones personales, y se cierra paradójicamente con la lectura de las *Confesiones* de San Agustín y la cita del lib. X, 8, donde eran condenadas aquellas ansias de saber que mueven los viajes haciendo al hombre olvidarse de sí mismo: *Et eum homines admirari alta montium et ingentes fluctus maris et latissimos lapsus fluminum et occeani ambitum et giros siderum, et reliquunt se ipsos*. Como vemos, el viaje de Petrarca, aunque con hallazgos de paisaje y descubrimiento de personas y realidades, tiene mucho de viaje interior y de meditación propia, y abunda en refe-

rencias cultas y eruditas, a través de las cuales es descrita la realidad contemplada.

Otros humanistas italianos escribieron también de sus viajes y experiencias. Poggio Bracciolini, como Petrarca, contará en sus epístolas muchos de sus encuentros y descubrimientos viajeros, desde el hallazgo de códices a la sorpresa de los maravillosos baños de Baden. Para Poggio el viaje es, sobre todo, descubrimiento del mundo y de las gentes. Durante su asistencia al concilio de Constanza (1414-1418), aprovecha para viajar a algunos lugares en busca de códices antiguos, como cuenta en algunas cartas a sus amigos florentinos, o para encontrarse con gentes distintas y aprender de ellas un nuevo concepto de la vida. Es lo que le ocurre en su visita a los famosos baños de Baden, que describe maravillado en una carta a su amigo Niccolò Niccoli el 18 de mayo de 1416. Allí ha acudido para curar una afección en las articulaciones de las manos y considera que vale la pena describirle al amigo la belleza del lugar, las costumbres de los habitantes y los hábitos de quienes acuden a los baños. Le sorprende que se bañen juntos desnudos hombres y mujeres, ancianos y doncellas, lo que le hace admirar la simplicidad y naturalidad de aquella gente, que no da importancia a nada ni tiene malicia alguna. Allí acuden gentes de muchos lugares y condición, no tanto por la salud cuanto por el placer, acuden clérigos que se olvidan de su condición religiosa y que sólo cuidan de alegrarse y gozar de los placeres. Todo le lleva a exaltar esas costumbres distintas de las nuestras y que tantas veces queremos reprobar:

> Ci sono tuttavia ai due lati della piazza due bagni pubblici scoperti per il basso popolo, e ci vanno a lavarsi uomini e donne, ragazzi e ragazze, e in genere tutti gli elementi più volgari. Qui un basso steccato, messo su alla buona, divide gli uomini dalle donne. È ridicolo vedere le vecchiette decrepite e al tempo stesso le ragazzine entrar in acqua nude, davanti agli uomini, mostrando ogni parte del corpo; più di una volta ho riso perché questo eccezionale spettacolo mi faceva pensare ai ludi floreali, e dentro di me ammiravo la semplicità di questa gente, che non bada a queste cose e non vi porta nulla di equivoco o di malizioso [...] È meraviglioso vedere con quale semplicità vivano, con che fiducia. Vedevano le loro mogli trattare con stranieri, e non se la pigliavano, non ci facevano caso, prendendo tutto in buona parte. Non c'è niente di tanto scabroso che nei loro costumi non diventi semplice [...] O costumi diversi dai nostri, che sempre volgiamo tutto al peggio, che ci dilettiamo di calunnie e maldicenze fino al punto di trasformare subito in una piena testimonianza di colpa la prima ombra di sospetto! Molto spesso

> invidio questa pace e detesto la perversità dell'animo nostro, per cui sempre siamo volti al guadagno, agli appetiti; per cui mettiamo a soqquadro cielo, terra e mare per trarne danaro, mai contenti dei nostri utili, del nostro lucro[4].

Pero también el viaje es testimonio. Testimonio, por ejemplo, del esplendor de civilizaciones pasadas en el tiempo o lejanas en el espacio. Es la idea que transmite Poggio en su *De varietate fortunae* (1448), cuyo libro primero se abre con una meditada reflexión sobre las ruinas de Roma, y cuyo libro IV recoge el relato del viaje a la India del veneciano Niccolò dei Conti. El interés de Poggio por los viajes queda muy claro en este episodio. Conti, que había sido obligado a renegar de su fe católica, a su regreso a Italia en 1439, busca en Florencia al papa Eugenio IV para obtener perdón. Poggio, secretario apostólico, recoge toda la información que el viajero le proporciona, útil también para los intereses del concilio, que allí se celebraba, por la visión que ofrece de la iglesia de oriente. Ese texto que recopila Poggio, tendría gran fortuna editorial, se editaría por separado y sería traducido a diversas lenguas, como el portugués o el español, incluso acompañando al libro de Marco Polo[5].

Eneas Silvio Piccolomini, más que de sus inquietudes viajeras, nos dejó testimonio de su preocupación por el conocimiento del mundo y su configuración geográfica. Dejó escrita una auténtica enciclopedia geográfica y etnográfica, la *Historia rerum ubique gestarum locorumque descriptio*, que comenzó de oriente a occidente y sólo completó en su primera parte, publicada con el título de *Asia*, que en realidad era el motivo esencial de su atención y preocupaciones. El *Asia* de Piccolomini es un ejemplo de la geografía humanística, concebida con el propósito de ofrecer una descripción autorizada del mundo conocido y de animar a sus contemporáneos a entrar en contacto con él, particularmente el todavía misterioso continente asiático. La obra está construida con abundante material clásico procedente sobre todo de Estrabón y Tolomeo, que le ofrecen respectivamente la descripción de los lugares y su localización cartográfica. Otras noticias le proporcionan Plinio, Solino, Justino, Diodoro Sículo e incluso llega a utilizar información de algún viajero de

---

[4] Bracciolini, Poggio: «Epístola a Niccolò Niccoli», en: Garin, Eugenio (ed.): *Prosatori latini del Quattrocento*. Milano-Napoli: Riccardo Ricciardi, 1952, pp. 218-229.

[5] Puede verse Crivat-Vasile, Anca: «El viaje de Nicolò dei Conti en los relatos de Pero Tafur y Poggio Bracciolini», *Revista de Filología Románica*, 13 (1997), pp. 231-252. Al castellano lo tradujo Rodrigo Fernández de Santaella y lo publicó a continuación de su traducción del *Libro del famoso Marco Polo veneciano* (Sevilla, 1518).

la época, aparte de las ocasionales apreciaciones personales[6]. En ese terreno de lo vivencial y autobiográfico son aún más ricos sus *Commentarii rerum memorabilium que temporibus suis contigerunt*, una especie de memorias escritas a lo largo de su vida, en las que además de contar su peripecia autobiográfica, Piccolomini introducirá numerosas descripciones geográficas e impresiones de viaje (lugares de Inglaterra en sus primeros años, paso de Austria a Italia). En fin, Ambrogio Traversari, teólogo y humanista, cuyo papel fue fundamental en el concilio de la unión por sus conocimientos del griego, escribe un *Hodeoporicon (Itinerario)*, relación de su viaje disciplinario y reformador después de haber sido nombrado prior general de la orden camaldulense.

****

En España, habría que comenzar por Alonso de Cartagena. Es nuestro primer humanista y sabemos de los numerosos viajes que realizó, encargado de embajadas y legaciones diversas. Cartagena no dejó testimonio escrito de sus experiencias viajeras y, aunque en sus obras podemos encontrar alguna referencia, tenemos que acudir a otras fuentes para documentarlas. De su viaje al concilio de Basilea, por ejemplo, poseemos amplia información por crónicas y correspondencia diplomática. Sabemos que en 1434 tuvo lugar esta embajada enviada por Juan II de Castilla al concilio, encabezada por Álvaro de Isorna, obispo de Cuenca, que designaría a su vez a Cartagena, entonces deán de Santiago, y junto al que participa el alférez mayor Juan de Silva, el oidor y varios dominicos. Por la *Crónica* de Alvar García de Santa María, sabemos que la comitiva emprendió viaje a fines de mayo y que, dadas las tensas relaciones entre Castilla y Aragón, atravesaron rápidamente las tierras aragonesas y catalanas, deteniéndose sólo los días festivos[7]. Hicieron parada y descanso en Aviñón, punto intermedio hacia Basilea y anterior sede papal. Recibieron buena acogida de la ciudad y Alonso de Cartagena pronunció allí, en solemne acto académico con unmerosa concurrencia, un discurso forense sobre la ley Gallus, que comenzaba con el ya comentado paralelismo entre los viajes de los caballeros y los de los letrados.

---

[6] La obra ha sido traducida al castellano con documentado estudio: Piccolomini, Eneas Silvio (Papa Pío II): *Descripción de Asia*, ed. de Domingo F. Sanz. Madrid: CSIC, 2010.

[7] García de Santamaría, Alvar: *Crónica de Juan II de Castilla*, ed. de Juan de Mata Carriazo Arroquia. Madrid: Real Academia de la Historia, 1982, cap. IV.

Después de unos días en Aviñón, la embajada siguió a Basilea. De ese recorrido, de su etapa del 23 al 26 de agosto en Lystar, de la llegada a Basilea, de los varios recibimientos por distintas personalidades y representaciones, así como los primeros enfrentamientos con la embajada inglesa y de las primeras impresiones de los españoles, da cuenta una *Carta* de relación enviada a Juan II por los embajadores el 4 de septiembre. La descripción de la entrada del cortejo en Basilea es realmente viva y pintoresca:

> La ordenanza que en nuestra entrada tovimos fue esta. Delante, toda nuestra compañía, fasta cinco o seis tiros de ballesta iban nuestras acémilas ordenadas una en pos de otra, e mezcladas e alternadas unas con otras, segund nuestra orden, cobiertas con los reposteros de las armas e señales de sus señores, de guisa que por todo el recuaje iban alternadas las armas e colores; e las primeras de todas eran las acémilas de las camas, que han acá por cosa nueva, e en derredor dellas omes de pie, ballesteros e lanceros con asaz número cada uno cerca de la cama de su señor. E la gente de caballo iba ordenada desta guisa: luego delante iban los farautes, primeramente el haraute *Avanguarda* solo, con una cota de vuestras armas reales, e delante él los persevantes *Batalla* e *Buena fiesta*. *Batalla* a la mano derecha, con una cota de las armas de vuestro Condestable, e *Buena fiesta* a la mano izquierda con una cota de las armas de nuestro alférez. E delante estos iban nuestros pajes, por quanto non podieron ir en pos de nos, por los muchos perlados que ende iban; e delante los pajes, los trompetas e delante los trompetas, los caballeros, e dende adelante los otros gentiles hombres e escuderos de nuestra compañía; e iban todos de dos en dos, salvo el faraute *Avanguarda*, que por la preeminencia de vuestras armas reales, iba solo sin llegar a él alguno; e en pos de nos iban los clérigos de nuestra compañía, precediendo uno a otro segund su estado [...] e así entramos ordenadamente fasta la posada del Protonotario con quien cenamos este día[8].

[8] Paz y Melia, Antonio: «Carta dirigida al rey por los embajadores de España en el concilio de Basilea (1434)», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1 (1897), p. 69. En Lystar fueron recibidos por el abad Bonabola. Les envió razón Juan de Cervantes, cardenal de San Pietro. Dos días después recibían la visita de los embajadores del rey de Francia. El jueves 26 partieron a Basilea, donde tenían lugar los recibimientos solemnes. A la salida de Lystar fueron recibidos por los familiares del cardenal de San Pedro, entre los que se hallaba Juan de Segovia el teólogo. Luego salieron a recibirlos representantes de las diversas legaciones en el concilio. Los ingleses, con calculado desdén diplomático, enviaron sólo cuatro letrados.

La vista de la ciudad de Basilea causaría honda impresión en los viajeros y en Alonso de Cartagena. Ninguno, que sepamos, dejó descripción de la ciudad. Pero podemos acudir a la que nos ofrece Pero Tafur, que se encuentra allí con los embajadores españoles:

> la noble cibdad de Basilea, donde entonce se tenía el Concilio e estavan muchas gentes e de muchas naciones [...] Esta cibdad está sobre la ribera del río que viene de las Alpes e del lago de Chafiça, es río muy furioso por la gran corriente [...] En esta agua ay muchos pescados e muy buenos e muy sanos, entre los cuales ay muy grandes salmones. Esta cibdad es abundosa, según que es Alemaña, e ay buenos vinos e toda otra cosa de bivir. Es cibdad muy bien murada e muy gentilmente encasada, de buenos sobrados altos e chimeneas, e están gentilmente labradas con sus vedrieras a la calle e muchas torres con sus cruxíos con sus grímpolas encima, e muy polida cosa de ver de dentro e muy mucho más de fuera. Las calles enlosadas e empedradas e muchos abrevaderos dentro, muy notables iglesias e monesterios, la iglesia mayor muy grande e bien labrada, e allí se ayuntava el concilio. Muy fermosa gente así ombres como mugeres, es gente bien rica [...] Parece que por causa que el concilio estava allí ayuntado, desas partes de Alemaña estavan allí tantos de pobres que ellos solos finchirían una gran cibdad[9].

A lo largo de esos días de recepción, se plantearon diversas situaciones de competencia protocolaria entre los representantes de las distintas naciones. Enconada fue la rivalidad entre ingleses y castellanos por la prelación en el concilio, que dio lugar a situaciones de enfrentamiento y también propició un elaborado discurso jurídico de Cartagena, en defensa de la preeminencia castellana, *De preeminentia*, pronunciado el 14 de septiembre, que consolidó su prestigio de jurista.

Otra interesante experiencia viajera de Alonso de Cartagena hubo de ser la de su viaje a Centroeuropa con motivo de su embajada ante Alberto II, rey de Bohemia, elegido Rey de Romanos en mayo de 1438, enviado por Juan II para apoyar la política del papa sobre el concilio. Conocemos ese recorrido por las cartas que envía al emperador y la respuesta de éste[10]. Desde Nüremberg, tras informarse de la situación de las diferentes rutas, don Alonso decide evitar la más directa y sigue la línea del Danubio hasta

[9] Tafur 2009, *op. cit.*, pp. 195-197.

[10] Suárez Fernández, Luis: *Castilla, el cisma y la crisis conciliar (1378-1440)*. Madrid: CSIC, 1960. Todas las citas provienen de este libro, donde se publican esas cartas.

Linz. De allí se dirige a la fortaleza de Eguenburcht, desde donde escribe al emperador pidiéndole seguridad:

> *iter accesit ad Nurunbergam, at cum ibi informatus essem me per rectam viam tutum non posse inclitam vestrum regnum Boemie intrare, consulentibus nonnullis qui vías has melius noscunt, deliberavi per Danubium descendere et veni Linx* (Eguenburcht, 27-IX-1438).

Un emisario imperial lo llama desde Viena y logra atraerlo para rendirle recibimiento y desde allí continuar el viaje. Cartagena escribe de nuevo pidiendo al emperador medidas más seguras:

> *Cum ergo, potentissime princeps, attentis viarum discriminibus et manifestis periculis ego nullatenus iter meum versus vestre imperialis celsitudinis presenciam continuare possum, nisi eius provisione aliquis modus incedendi securus prebeatur. Eidem sicuti prioribus litteris supplicavi iteratis precibus supplico ut sic providere dignetur quantinus ad eandem vestram Cesaream excellenciam quam totius fieri possit* (Viena, 4-X-1438).

El emperador, desde Praga, haciéndose cargo de todas las inseguridades sufridas en el recorrido, le indica el camino para llegar a su corte, dirigiéndose primero a la fortaleza de Laa, donde se les uniría una gran comitiva que les ayudaría a atravesar Moravia y llegar hasta su reino:

> *verum iter ad presens non este bene ubique securum, et ut vestra paternitas ad nose o securius venire poterit, nobis videtur et placet quod ad opidum nostrum Laro, in Austria, vos transferatis ubi nostri homines cum magna comitiva debent, hiis diebus, congregari et ad nos venire, cum quibus et vestra paternitas pertransire et ad nos venire prout secure* (Praga, 4-X-1438).

En la corte de Bohemia permanecería la embajada varios meses y Cartagena, que pronunció un elaborado discurso, sería recompensado con magnanimidad por Alberto II, que, aparte de regalos materiales, le otorga el poder de conceder las divisas del Dragón y del Águila, y de nombrar cuarenta notarios públicos. Allí, en Breslau, es donde lo encuentra Pero Tafur, también agasajado por el emperador Alberto. Hacia él manifiesta gran respeto y reverencia el viajero sevillano, pero también cierta familiaridad de trato:

> Estava allí el obispo de Burgos por mandado de nuestro señor el rey don Juan, al cual emperador fazíe grandíssimo acatamiento e él lo merecíe, que, allende de por quien iva, era *noble ombre e discreto e gran letrado e levava buen estado e bien ataviado* [...] E otro día, estando comiendo yo con el obispo de Burgos, entró por la puerta Ungría su oficial de armas, que yo de antes avía conocido con el almirante don Fadrique, e llamávanle Tusol, e traíe una copa de plata dorada, en que veníen fasta trecientos florines que el emperador me embiava, diziendo que yo perdonase por qué no se fazía contra mí más largamente e que la disposición del lugar e tiempo lo fazíe. E yo dixe que ge lo teníe en merced e que lo dava por recebido, pero que lo bolviese, por cuanto yo tenía abastadamente lo que avía menester e me seríe cargo de lo recebir, que, si caso fuera que yo no lo toviera, que no solamente recebillo mas demandallo, conociendo su gran magnificencia. E con esto se bolvió e el obispo de Burgos fizo conmigo tantas alegrías cuantas pudo, porque así avía respondido e aun después en Castilla, delante de mí, al rey don Juan lo notificó[11].

Todavía Cartagena desempeñaría un papel importante en las negociaciones entre Alberto II y el rey de Polonia Ladislao III, que pactarían treguas en 1439, en documento que firma el notario Rodrigo Sánchez de Arévalo. El viaje de regreso a Basilea desde Bohemia, asolada por las guerras contra los husitas, parece que fue bastante accidentado, llegando a verse amenazado de muerte[12]. Como vemos, Alonso de Cartagena, gran humanista y viajero consumado en diversas regiones europeas, no dejó relato alguno de viajes, pero sí informes, discursos o tratados sobre el objetivo de aquellos viajes. En algunas cartas podemos percibir también sensaciones y zozobras suyas ante el viaje.

Familiar de la casa del obispo Alonso de Cartagena, ya regresado del concilio de Basilea (1434-1439), fue Alonso de Palencia, entonces un joven de diecisiete años. Aprovechando tal vez las influencias y contactos del obispo, marchó enseguida a Italia (1440), donde se formó en los *studia humanitatis* con el cardenal Bessarión y con el maestro bizantino Georgios Trapezuntios, primero en Florencia y luego en Roma, hasta su regreso a España en 1453.

A pesar de esa larga estancia italiana, Palencia no fue propiamente un viajero ni escribió directamente de sus viajes. En sus *Epístolas* podemos encontrar alguna descripción de ciuda-

---

[11] Tafur (2009), *op. cit.*, pp. 226-227.

[12] Fernández Gallardo, Luis: *Alonso de Cartagena (1385-1456): una biografía política en la Castilla del sigo XV*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2002.

des, como Sevilla, en la carta al Arcediano de Carrión[13], y no son infrecuentes las descripciones geográficas en sus crónicas, que están concebidas siempre a la luz del discurso retórico, del que es pieza importante la *digressio*.

Lo que sí se debe a Palencia es un tratado alegórico de carácter viajero, en el que se da cuenta del recorrido por distintos lugares de España y de Europa[14]. En ese tratado, Palencia narra un viaje alegórico, en el que el valiente caballero Exercicio quiere visitar al Triunfo porque no hay nada más glorioso que estar junto a él, que ha recorrido casi todas las provincias pero menosprecia el suelo abundoso de España. La vieja Experiencia, muy ocupada, no puede explicarle las razones de ese comportamiento y le encamina a su hija Discreción, que mora en Italia. Exercicio emprende viaje hacia la parte de oriente y va encontrándose con diversas gentes, como dos aldeanos, con los que discute sobre la actividad de la caza. Entra en una ciudad de Cataluña, que describe sucintamente:

> Es la çibdad asaz populosa, situada junta con el mar Mediterráneo, y bien llena de riquezas, de las quales no pequeña quantidad se veía en una pública morada [...]. Veía aun más con deseo los muy devotos y guarnidos templos, fechos y dotados con grandes espensas, y las moradas de los çibdadanos fabricadas de piedra escuadrada [...] Et miró assimesmo una casa pública çerca del mar, en la qual se ayuntaban los cibdadanos por razón de entender en negoçios. La qual era edeficada sobre colunas y veíala llena de muy ricos mercadantes [...] (p. 140).

De allí dirige su camino hacia "la llanura más metida en la provincia de Francia" y un día entra en "una çibdad, la más principal de todas", donde entonces moraba el rey y se hacían grandes alegrías con mozas que cantaban y bailaban (lo que le hace pensar por contraste en la "común tristeza que atormenta a España"). En busca de Discreción, abandona Francia por los Alpes, desde cuyas cumbres contempla la llanura del Po:

> Ya sobido el Exerçiçio sobre la cumbre de los Alpes, vio una llanura, a la qual otros tiempos llamavan los romanos la Françia de aquende, y en este tiempo es contada en nombre y en costumbres una

[13] Palencia, Alfonso de: *Epístolas latinas*, ed. de Robert B. Tate y Alemany Ferrer. Barcelona: Universidad Autónoma, 1982.

[14] Palencia, Alfonso de: *De perfectione militaris Triumphi. La perfeçión del Triunfo militar*, ed. de Javier Durán Barceló. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1996. Todas las citas referentes a la obra se hacen por esta edición.

> de las prinçipales provinçias de Ytalia. Tiene a la parte de oçidente los Alpes de Françia, a la de oriente el mar Adriático. Al mediodía se vee el Apenino sobre el mar Mediterráneo, a la parte de setentrión paresçen montes de muy soberana altura, la cumbre de los quales aparta la Alemania de la Ytalia. E la llanura mediana a estas cosas es regada de muchos ríos, pero todos se juntan en Eridano, padre de las fablas que es nombrado de los moradores de aquella provinçia el río Pado (p. 148).

Alcanzada la llanura al pie del Apenino, se le descubre la casa de Discreçión, que describirá con detalle, en medio de un vergel. Llegado a Florencia, morada de Discreción, Exerçiçio admirará en la ciudad los templos y los edificios públicos:

> E aunque le aquexase la soliçitud del camino, no dexó con todo eso de bien mirar las partes de la grand çibdad, y avía deleite de visitar los templos, fermosamente compuestos, e de considerar los edefiçios públicos, muy más polidos de quanto la péñola discrivir podría (p. 161).

Prosigue luego su camino por Siena, Peruggia y Rimini, que menciona de pasada, y "habiendo caminado algunos días", entra en Roma, donde la contemplación de tanta ruina y destrucción le produce llanto y tristeza:

> Después desto, el guerrero español, aviendo caminado algunos días, entró en Roma. ¡O, quán profundo espanto le recreçió y qué tristura juntamente entró en su ánimo, y qué sospiros salían de dentro de su pecho! Los ojos lançaron de sí lágrimas mensajeras de dolor, y todo, como trimiendo, gimió. Yva quasi fuera de su sentido por las carreras, afeadas por miserable caída, en las quales davan no pequeño enpacho a los viandantes los pedaços rotos de muy grandes colunas y montones que de una parte y de otra estavan fechos de muros destroídos (p. 163).

Pero pronto abandona Roma, para proseguir hasta Abruço y ver allí al capitán Gloridoneo, a quien contempla rodeado de otros personajes (Orden, Obediencia y Ejercicio italiano), que le acompañarán, por fin, hasta Triunfo, ante el cual disputarán la preeminencia.

El viaje que describe Palencia en este tratado es seguramente evocación de su propio viaje a Italia: su recorrido de Castilla a Cataluña y la impresión causada por una ciudad mediterránea como Barcelona, su paso por ciudades del sur de Francia, su llegada a Italia cruzando los Alpes y la llanura del Po hasta los Apeninos y llegada a Florencia, desde donde emprende camino

a Roma y Abruzzo, en la Italia central. No es un viaje muy detallado, abunda más bien en descripciones genéricas, pero sí deja entrever, no sólo la ideología del autor y su visión crítica de España, sino su sensibilidad y emociones, por ejemplo, ante la próspera populosidad de Barcelona, la inmensidad de la llanura del Po, la Florencia esplendorosa y cívica, o las ruinas de Roma que, como a tantos humanistas, le producen llanto y tristeza.

Fernando de la Torre fue también un humanista y diplomático, cuyas experiencias y testimonios viajeros hay que buscarlos en sus cartas[15]. Desempeñó cargos diplomáticos con Juan II y Enrique IV, viajó de joven con su maestro Alonso de Cartagena al concilio de Basilea, y luego desempeñaría misiones diplomáticas en Francia y Borgoña. No escribió ningún libro de viajes, pero en sus cartas hay referencias a lugares que visitó o a sucesos y situaciones con ellos relacionados.

En la carta a su amigo Sancho de Rojas, que va a emprender viaje a Jerusalén y Rodas para hacerse caballero de la orden de San Juan, de la Torre participa emocionalmente de ese viaje largo y extraño, cuyo itinerario es trazado esquemáticamente: "primera mente a la çibdad de Sevilla, e allí enbarcar fasta Génova, e después a Roma e a Jerusalén, e en conclusión a la çibdad de Rodes" (p. 203).

En la carta a Enrique IV, modelo, como se ha dicho, de carta política, de lealtad y de defensa del rey y de su nación, Torre encarece, frente a otras naciones, las tierras y los poderes de España. Con ese motivo, introducirá abundantes referencias a las tierras y gentes que ha conocido a lo largo de sus viajes. Refiriéndose a las huestes que los soberanos son capaces de reunir, por ejemplo, recuerda que vio la toma de Burdeos (poco antes de la definitiva batalla de Castillon que, en 1453, pondría fin a la guerra entre ingleses y franceses por la Aquitania): "quando e donde Talabote e otros muchos ingleses perdieron la vida, a estos dichos señores ayuntar todas sus gentes de cavallo o las más, e por espaçio de quatro meses, e el que más non levar de trezientas lanças arriba" (p. 303). Otros lugares, como Brujas, Amberes o Ginebra, los recuerda al comparar el tráfico comercial de ciudades españolas como Bilbao o Medina del Campo:

> Verdad sea que en el reino de Françia ay muy grandes cibdades que dan en dinero muy grandes rentas, así como Brujas en Frandes al duque

[15] Torre, Fernando de la: *Libro de las veynte cartas e quistiones y otros versos y prosas*, ed. de Mª Jesús Díez Garretas. Valladolid: Fundación del Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2009. Todas las citas referentes a la obra se hacen por esta edición.

> de Borgoña que es tierra delgada e costosa, e así de las otras; pero estas rentas vienen de los tráfagos e engaños de las mercadurías e de los derechos que d'ellos levan, mas non naçen allí, que alimanes las traen, italianos las llevan, castellanos las enbían, e otras muchas naçiones. Pues no menos rentaría Bilvao, que es un puerto e villa montañosa de las menores que ay en el señorío de Castilla, si de tales tractos fuere guarneçida aunque con menos espensas; e mucho mejor Medina del Canpo, que es una de las mejores tres ferias que an renombre en el mundo; es a saber, Medina en Castilla, Enveres en la baxa Alemana e Gineva en Saboya (p. 298).

En la carta a una señora, en que hace relación de mujeres leales amantes, junto a modelos clásicos, cuenta otros legendarios y folclóricos. Algunos de ellos parecen historias de viaje, de camino, y se han relacionado con su viaje al concilio de Basilea, como la historia de la itálica doncella llamada Alixandra, hija del príncipe de Taranto, que quiere correr la misma suerte que su enamorado Lucano, ejecutado por el padre. O la de la pareja de amantes huidos del castillo del padre de la doncella, que van a dar a un lazareto, donde los leprosos matan al mancebo y quieren violar a la doncella, que se da muerte con una navaja. La historia la refiere también Pero Tafur, que la sitúa en una de las casas de leprosos de San Lázaro, que encuentra en la ribera del Rin en su camino de Basilea a Colonia.

Muy interesantes son los viajes del humanista andaluz Nuño de Guzmán. Nuño, que, según parece, viaja huido, escapado, contra la voluntad del padre, Luis de Guzmán, maestre de la orden de Calatrava, emprendió viaje a Jerusalén en 1430-1431, recorrió los santos lugares, el desierto del Sinaí y el monasterio de Santa Catalina. Visitó también Egipto, las islas griegas, Rodas y Creta. Viajó a Roma, donde entonces residía el papa Eugenio IV y contempló los monumentos de la ciudad. Visitó la corte del Emperador de Romanos en Bohemia y la del rey de Francia en Tours. En 1432 se hallaba en la corte de Felipe el Bueno, en Borgoña, donde ejerce cierto cargo cancilleresco. A los cuatro años de haber iniciado el viaje, regresa a España, pero nuevas desavenencias con su padre le llevan a abandonar su patria por segunda vez. Viaja ahora a Italia, a Florencia, donde se celebra el concilio de la unión de las dos iglesias, a alguna de cuyas sesiones asiste y describe la gran ceremonia de la ratificación de la unión en julio de 1439. En Florencia pasó aún un tiempo y trató con los hombres más instruidos y eruditos, ganando amistad con muchos de ellos.

Del viaje de Nuño no tenemos relato ni crónica directa. Pero sí lo conocemos por el tratado *Apologia Nunnii*, que su amigo Giannozzo Manetti escribe dirigido a su padre el maestre, tratando de ablandarlo y de disculpar el comportamiento del hijo. El escrito está redactado en primera persona y da pie a pensar que el argumento y sentencias fueran obra de Nuño, mientras que de la forma y el traslado al latín se encargaría Manetti. Allí Nuño expone con claridad la motivación y proyección auténticamente humanística de su viaje. Según confiesa, viajó, no para dedicarse al ocio ni a los apetitos carnales, sino para ver y conocer el mundo, para complacer al hombre entero, a su cuerpo y a su alma:

> Yo abandoné mi patria por las razones que he aducido; no me dediqué al ocio y pereza, ni al juego, ni a las mujeres de mala vida ni a los apetitos malsanos de la lujuria. Esto ha sido el destino de muchos viajeros [...] como si quisieran librarse de las molestias de viajar con el propio antídoto de los apetitos carnales. Tanto odiaba yo estas costumbres viciosas, que durante el curso de mis viajes por el mundo me hice, con la gracia de Dios que no abandona a los que esperan en Él, durísimo enemigo de la gula, del vino y de la lujuria. Con el favor de Dios y con el propósito sano de ver y conocer el mundo, yo quería complacer al 'hombre entero' (o sea, tanto el alma como el cuerpo)[16].

Vespasiano da Bisticci, a quien conoció también en Florencia al regreso de Tierra Santa y a quien parece que con cierta melancolía contó pormenores de su viaje, le dedica una de sus semblanzas biográficas y apunta, aparte otros detalles, que uno de los principales móviles del viaje de Nuño había sido el de recorrer las cortes de los príncipes cristianos y ver sus modos y costumbres:

> Aveva avuto uno generosissimo animo, perchè si partì di Spagna di casa del padre pervedere il mondo et i governi spirituali et temporali. Andò per tutta la Francia, istette in corte del Re di Francia da quattro mesi, per vedere il modo del governo, andò sempre con cinque famigli et sei cavagli [...] era anni otto che s'era partito di casa sua et come è detto, aveva cerco tutte le corti de' principi de Cristiani, et in tutte era istato per vedere i modi et costumi loro, di poi, partito da quegli luoghi, era andato in Terra Santa [...] et questi viaggi ho fatti contro alla volontà

[16] Texto traducido de Lawrance, Jeremy N. H.: *Un episodio del proto-humanismo español. Tres opúsculos de Nuño de Guzmán y Giannozzo Manetti.* Salamanca: Biblioteca Española del Siglo XV, 1989, pp. 252-253.

di mio padre, proveduto di buona somma di danari, che io ho ispesi, di mia madre, ch'era donna richissima[17].

Curiosamente hay bastantes coincidencias entre el viaje de Nuño de Guzmán y el de Pero Tafur, que debían de conocerse desde la infancia, pues Tafur era servidor de la casa del maestre Luis de Guzmán. Tafur, en efecto, emprende también viaje a Jerusalén seis o siete años después que Nuño, en 1437, y se demora un tiempo en Italia. Recorre igualmente Tierra Santa, las islas griegas, Roma de nuevo, Bohemia, Borgoña y Florencia. Sin embargo, en ningún momento coinciden ni Tafur registra ninguna huella de Nuño en su itinerario, a pesar de su común y prologada estancia, por ejemplo, en la corte de Borgoña, o de haber estado a punto de cruzarse en Florencia en los primeros meses de 1439. Evidentemente son dos viajes con intereses distintos y relatos con espíritu distinto. La narración del viaje de Nuño, como ha dicho J. Lawrance, no está concebida como un itinerario informativo, sino como una argumentación forense, por lo que carece de detalles descriptivos y pintorescos, en los que sí abunda lógicamente el relato de Tafur[18].

El caso de mosén Diego de Valera es especial, puesto que reúne la doble condición de caballero y humanista. Es, en efecto, uno de los caballeros de carne y hueso que en el siglo XV pasea sus empresas por Europa, por los escenarios más refinados de la caballería europea, como eran las cortes de Bohemia y de Borgoña. Su primera salida viajera fue en abril de 1437 a la corte de Bohemia y Hungría, regida entonces por Alberto II, de la que eran famosas la ceremonia de investidura de armas y las audiencias "en público auditorio" que dos días por semana celebraba el duque para impartir justicia. Valera, que enseguida gozó también de las atenciones y magnanimidad de Alberto, protagonizó un singular episodio, muy revelador de ese mundo caballeresco. Tal fue la defen-

[17] Bisticci, Vespasiano da: *Le Vite*, ed. de Aulo Greco. Firenze: Istituto Palazzo Strozzi, 1970, pp. 435-436.

[18] Compárese, por ejemplo, la descripción de la basílica de Santa María que hace Nuño con motivo de la ceremonia de la unión de las iglesias en junio de 1439 ("En la ciudad de Florencia se halla, entre varios monumentos bellísimos, una noble iglesia, la cual provoca la admiración de la gente más que ninguna otra cosa, tanto por su tamaño como por la fina sillería de piedras y mármoles, y por las maravillas arquitectónicas de su construcción y las inmensas cantidades de dinero que costó..."), con la de Tafur unos meses antes ("La iglesia mayor desta cibdad es muy notable e de grandes edeficios, mayormente la torre que está a la puerta, toda fasta arriba de imagenería de mármol. E está una gran plaça delante e en medio de ella está una capilla muy grande, de dentro labrada de musaico e de fuera cubierta de plomo. E llámanle San Juan Bautisterio e allí está una gran pila de batear e un altar do dizen misa, e en lo alto colgado todas las vanderas de las cibdades que ellos tienen e rigen debaxo de su señoría").

sa que hizo, frente al conde de Cilli, con un argumentado discurso y un valiente desafío, del derecho del rey Juan II a portar las armas de Castilla, a pesar de que la bandera la hubieran ganado los portugueses en Aljubarrota y ahora la tuviesen colgada en el monasterio de Santa María de Batalla.

Otro significativo episodio en el que participó Valera fue el famoso paso de armas de "l'Arbe de Charlemagne", en la corte de Borgoña, el otro gran centro de la caballería del otoño de la Edad Media, que también describe deslumbrado el propio autor en su *Cirimonial de príncipes.* En esta ocasión, Valera aprovechando la misión diplomática encomendada por Juan II, en 1442, demanda licencia al rey para ir a hacer armas en el paso que se iba a celebrar en Borgoña, cuyos capítulos acababan de ser publicados en la corte castellana por el faraute de Felipe de Borgoña y del que iba a ser mantenedor Pierre de Beauffremont, señor de Charny, y "asimesmo para llevar una empresa de ciertas armas que él entendía de hacer a toda su requesta"[19]. El torneo lo han descrito con detalle cronistas borgoñones, como Olivier de la Marche en sus *Mémoires* o Enguerran de Monstrelet en sus *Chroniques.*

Valera no deja testimonio escrito de sus viajes, pero sí alusiones y referencias en alguna de sus obras. Como bien ha visto y analizado Luis Alburquerque, en su *Crónica abreviada* (1482), en la primera parte de la obra, al trazar una descripción geográfica del mundo y describir Europa, introduce, en efecto, varias referencias en primera persona, que nos dejan testimonio de sus experiencias viajeras por aquellos lugares[20]. Así, al hablar de la ribera del Rin, de la ciudad de Maguncia o de la provincia de Saboya:

> En la qual, la mayor cibdad es Maguncia, asentada sobre la ribera del Rin. Es la tierra muy fértil y muy poblada de tantas villas y castillos que paresca increíble a quien no lo ha visto, que solamente desde Coloña a Maguncia, que ay veinte y seis millas tudescas, que pueden ser quarenta leguas castellanas, ay ciento y cinquenta y siete villas y castillos, que todas parescen yendo por la ribera, las quales yo vi y conté dos vezes. E creo sea esta la más fermosa población que en ribera de toda la cristiandad se falle[21].

---

[19] García de Santamaría (1982), *op. cit.*, cap. XVII.

[20] Alburquerque, Luis: «La *Crónica abreviada de España* (1482) de Diego de Valera y el desarrollo del género 'relato de viaje'», *Hispania Felix. Revista rumano-española de cultura y civilización de los Siglos de Oro*, 2 (2011), pp. 47-65.

[21] Moya García, Cristina: *Edición y estudio de "La Valeriana" ("Crónica abreviada de España" de Mosén Diego de Valera).* Madrid: Fundación Universitaria Española, 2009, p. 57; véanse también pp. 56, 59, 61 y 71.

En esos y otros lugares, el autor ha sentido la necesidad de superponer la información empírica a la información libresca con que venía escribiendo su crónica. Es, pues, curioso y original este comportamiento de Diego de Valera, que viaja como caballero, pero que, combinando discursos y desafíos, actúa también como letrado y, como era práctica humanística, deja referencia escrita de sus viajes en obras de muy diverso género.

Como hemos visto, el humanista viaja, recorre, sobre todo, distintos lugares de la Europa de su tiempo y alguna vez se asoma a escenarios más lejanos. Es consciente de la importancia del viaje y del conocimiento del mundo. Quiere saber su configuración y sus dimensiones exactas, y promueve los estudios geográficos[22]. El viaje satisface su necesidad de conocer más, de saber de otros mundos y de otras gentes. Tiene conciencia de que, como afirma Eneas Silvio Piccolomini en la dedicatoria de *La descrittione de l'Asia et Europa* (Venecia, 1544), para ser un hombre completo, como quiso Homero de su Ulises, es necesario haber viajado durante años por muy diversas tierras y mares y haber observado la vida y las costumbres de los otros:

> Homero [...] volendo formar un'huomo compiuto molto, fece il suo Ulisse ricercar per molt'anni e terre e mari, come che inferisce non potersi essere in ogni parte prudente e saggio senza l'haver veduto assai paesi et osservato l'altrui vite e costumi.

Es lo que, como hemos visto, hacen Petrarca, Poggio Bracciolini, Alonso de Cartagena o Nuño de Guzmán. Pero el humanista no escribe expresamente su viaje, si acaso, lo dispersa en crónicas y tratados de otro género o lo vierte confidencialmente en escritos menores, sobre todo en cartas particulares, género que, como advertía Petrarca, no es para ennoblecer al que escri-

---

[22] Sobre la geografía humanística, que aquí sólo ha podido tratarse incidentalmente, pueden verse también los siguientes trabajos: Tate, Robert B.: «La geografía humanística y los historiadores españoles del siglo XV», en: *Actas del IV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1982, pp. 691-698; Rico, Francisco: «El Nuevo Mundo de Nebrija y Colón: notas sobre la geografía humanística en España y el contexto intelectual del descubrimiento de América», en: *Nebrija y la introducción del Renacimiento en España. Actas de la III Academia Literaria Renacentista*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1983, pp. 157-185; Gómez Moreno (1994), *op. cit.*; Toro Pascua, María Isabel: «Lecturas del Almirante Colón: libros de viajes medievales y cosmógrafos humanistas», en: Beresford, Andrew M. (ed.): *«Quien hubiese tal ventura»: Medieval Hispanic Studies in Honour of Alan Deyermond*. London: Dept. of Hispanic Studies, Queen Mary & Westfield College, 1997, pp. 169-178; Piccolomini (2010), *op. cit.*

be sino para informar al que lee: *non ut scribentem nobilitet, sed ut certificet legentem.*

BIBLIOGRAFÍA

Alburquerque, Luis: «La *Crónica abreviada de España* (1482) de Diego de Valera y el desarrollo del género 'relato de viaje'», *Hispania Felix. Revista rumano-española de cultura y civilización de los Siglos de Oro*, 2 (2011), pp. 47-65.

Bisticci, Vespasiano da: *Le Vite*, ed. de Aulo Greco. Firenze: Istituto Palazzo Strozzi, 1970.

Bracciolini, Poggio: «Epístola a Niccolò Niccoli», en: Garin, Eugenio (ed.): *Prosatori latini del Quattrocento*. Milano-Napoli: Riccardo Ricciardi, 1952, pp. 218-229.

Crivat-Vasile, Anca: «El viaje de Nicolò dei Conti en los relatos de Pero Tafur y Poggio Bracciolini», *Revista de Filología Románica*, 13 (1997), pp. 231-252.

Fernández Gallardo, Luis: *Alonso de Cartagena (1385-1456): una biografía política en la Castilla del sigo XV*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2002.

García de Santamaría, Alvar: *Crónica de Juan II de Castilla*, ed. de Juan de Mata Carriazo Arroquia. Madrid: Real Academia de la Historia, 1982.

Gómez Moreno, Ángel: *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos*. Madrid: Gredos, 1994.

Lawrance, Jeremy N. H.: *Un episodio del proto-humanismo español. Tres opúsculos de Nuño de Guzmán y Giannozzo Manetti*. Salamanca: Biblioteca Española del siglo XV, 1989.

Moya García, Cristina: *Edición y estudio de "La Valeriana" ("Crónica abreviada de España" de Mosén Diego de Valera)*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 2009.

Palencia, Alfonso de: *De perfectione militaris Triumphi. La perfeçión del Triunfo militar*, ed. de Javier Durán Barceló. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1996.

— *Epístolas latinas*, ed. de Robert B. Tate y Alemany Ferrer. Barcelona: Universidad Autónoma, 1982.

Paz y Melia, Antonio: «Carta dirigida al rey por los embajadores de España en el concilio de Basilea (1434)», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1 (1897), pp. 67-73.

Piccolomini, Eneas Silvio (Papa Pío II): *Descripción de Asia*, ed. de Domingo F. Sanz. Madrid: CSIC, 2010.

Rico, Francisco: «El Nuevo Mundo de Nebrija y Colón: notas sobre la geografía humanística en España y el contexto intelectual del descubrimiento de América», en: *Nebrija y la introducción del Renacimiento en España. Actas de la III Academia Literaria Renacentista*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1983, pp. 157-185.

Sánchez Domingo, Rafael: *El derecho común en Castilla. Comentario a la 'Lex Gallus' de Alonso de Cartagena*. Burgos: 2002.

Suárez Fernández, Luis: *Castilla, el cisma y la crisis conciliar (1378-1440)*. Madrid: CSIC, 1960.

Tafur, Pero: *Andanças e viajes*, ed. de Miguel Ángel Pérez Priego. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2009.

Tate, Robert B.: «La geografía humanística y los historiadores españoles del siglo XV», en: *Actas del IV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1982, pp. 691-698.

Toro Pascua, María Isabel: «Lecturas del Almirante Colón: libros de viajes medievales y cosmógrafos humanistas», en: Beresford, Andrew M. (ed.): *"Quien hubiese tal ventura": Medieval Hispanic Studies in Honour of Alan Deyermond*. London: Dept. of Hispanic Studies, Queen Mary & Westfield College, 1997, pp. 169-178.

Torre, Fernando de la: *Libro de las veynte cartas e quistiones y otros versos y prosas*, ed. de María Jesús Díez Garretas. Valladolid: Fundación del Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2009.